

CALERIA NACIONAL.

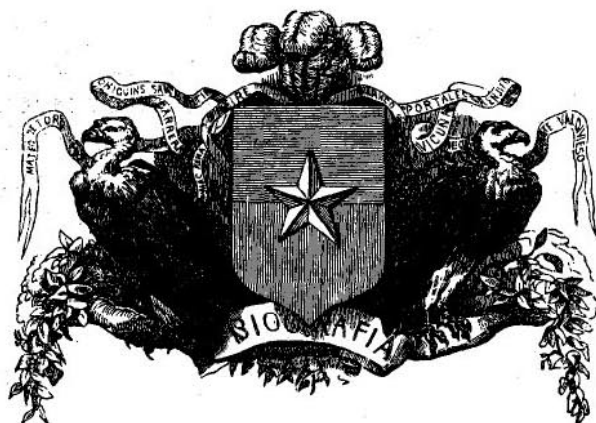


Grabado i publicado por N. Desmadesyl

Se vende en la casa del autor, en Santiago

JOSÉ MIGUEL DE CARRERA.

José Mig. de Carrera



IV.

D. JOSÉ MIGUEL DE CARRERA.



ON José Miguel de Carrera nació en esta ciudad de Santiago el 15 de octubre de 1785. Fueron sus padres don Ignacio de la Carrera i doña Francisca de Paula Verdugo, ámbos de familias ilustres i para entónces acaudaladas. Pensaron dar a su hijo la educacion correspondiente a su clase, colocándole en el colejio de San Carlos, que era el mejor establecimiento que existia en el pais; pero la enseñanza rutinera, los malos métodos i peores textos, todo contribuia a formar hastío mas bien que aficion al estudio. Estando en el curso de filosofía renunció definitivamente al latin i al silojismo, i obtuvo de su padre el permiso para dejar el colejio.

Pocas carreras se abrian a los jóvenes en aquella época. La eclesiástica i la del foro que eran las preferentes se cierran para los que no se preparan por el estudio: la agricultura que era la ocupacion de su padre en sus valiosas ha-

ciendas, no podia convenir a un adolescente, i el campo en esa edad tiene pocos atractivos i muchos peligros: la del comercio, estaba reducida a unas cuantas tiendas o bodegones administrados por sus mismos dueños, sin dependientes, sin escritorios, sin libros, o sin mas contabilidad que meros apuntes o recuerdos de memoria. Sin embargo, se quiso destinar a ella al jóven Carrera, mandándole a Lima como teatro mas grande, al lado de un anciano i célebre tio que allí tenia; pero la clase de jiro que este hacia, la diferencia de edades i un jenio algun tanto raro, le hicieron insoportable tal compañía. Dejó la casa i se fué a la de don Francisco Javier de los Rios su paisano, sujeto amable, jeneroso i mui honrado: él le volvió a su familia.

La verdadera vocacion de don José Miguel era la milicia; i, como en Chile no hubiese ejército, recabó de su padre la licencia i los recursos necesarios para pasar a España. Fácil le fué a su arribo a Madrid conseguir la plaza de teniente en el rejimiento de Farnecio, recomendándose para ante sus jefes por su puntualidad, aplicacion i bellas disposiciones. Cuando la invasion a la península por el Emperador Napoleon, se levantó un nuevo rejimiento denominado Voluntarios de Madrid, i se le llamó para capitan, entrando al momento en campaña i hallándose en varias batallas. Se distinguió en los ataques de Madrid en diciembre de 1808 i en las acciones de Mora, Consuegra, Puente del Arzobispo, Yevenes, Ocaña i en la de Talavera. Obtuvo varias medallas, que en la emigracion a Buenos Aires vendió su esposa por solo el valor del oro para sustentarse con sus hijos por un dia. Se habia acreditado tanto en la organizacion i disciplina de tropas, que se le ascendió a sarjento mayor i se le mandó a formar el rejimiento de Húsares de Galicia; lo que hizo en mui poco tiempo, i a entera satisfaccion del inspector Balcarce, segun se lo expresó en una carta que existe entre sus papeles, i en la que, por premio de su trabajo le otorga una corta licencia para descansar en Cádiz.

Residian en esa ciudad muchos americanos que por la frecuencia de buques que llegaban de todas partes, estaban al corriente de los progresos que hacia la revolucion en toda la América española. Se reunian, se comunicaban las noticias que adquirian, formaban planes para escaparse i venir a tomar parte en la gloriosa lucha de la independenciam. Carrera fué denunciado al capitan jeneral i encerrado en un castillo como reo de estado. Pudo sustraerse de la prision por los esfuerzos de sus compañeros i por la jenerosa proteccion de los respetables ingleses Mr. Cockburn i Mr. Flemming comodoro al mando del navio *Standart*, próximo a zarpar para el Pacífico. Le dió pasaje en él i le dispensó su amistad.

El 26 de julio de 1811 tuvo el gusto de volver a su patria, i en el Manifiesto que publicó en 1818 dice: «La situacion del pais en aquella época era por cierto lamentable. Orden, combinacion, experiencia, planes, enerjía, todo faltaba para establecer la independenciam, ménos el deseo de ser libres. Las formas republicanas unidas al poder absoluto: dividida la opinion por la diverjencia de los partidos: la ambicion disfrazada con el ropaje del bien público: la autoridad sin reglas para mandar: el pueblo sin leyes para obede-

cer: cual nave sin gobierno en medio de las olas, fluctuando entre las convulsiones de la anarquía, presentaba Chile en su estado de oscilación el cuadro de la crisis espantosa que precede a la rejeneracion política de los pueblos, al esterminio de envejecidas preocupaciones, al sacudimiento súbito de un yugo antiguo i ominoso.»

Situacion tal no podia durar: todos deseaban remediarla. El dia 4 de setiembre, es decir, a los 40 dias de haber desembarcado en Valparaiso, varios patriotas le convidaron para hacer una revolucion, quitando las armas de las manos que las gobernaban, i nombrar una nueva junta superior. El sonido de las doce de la mañana fué la señal para asaltar el cuartel de artilleria con el mejor efecto i quedó hecha la revolucion i nombrado el nuevo gobierno, llamando a don José Miguel el *libertador*. «Este digno epíteto (dice el oficio) ha merecido VS. por la jenerosa accion de 4 del corriente, en que conciliando todo el carácter de un militar valiente con el de un virtuoso ciudadano, ha defendido a un tiempo los derechos de la relijion, del rei i de la patria.»

Pronto siguió el descontento público contra ese gobierno i el 16 de noviembre hubo una reunion, o como entónces se decia pueblada, para destituirlo, nombrando otro en que entró Carrera como presidente. Descubrió una actividad extraordinaria, que contrastaba singularmente con la apatía de sus antecesores. Todos miraban estupefactos esa sed insaciable de reformas, i ese denuevo para acometer empresas. En 18 meses que duró su gobierno, logró arreglar las rentas públicas i casi doblarlas: creó el Instituto Nacional Literario: trajo de Norte América la primera imprenta que vió el pais, con hombres competentes para manejarla: encomendando la redaccion de la *Aurora* al literato Henriquez: formó sociedades para el fomento del comercio i la agricultura: entabló relaciones comerciales con Estados Unidos por medio de su amigo Mr. Joel Roberto Poinsett cónsul jeneral: organizó la fuerza armada i levantó los escuadrones de la Gran Guardia, que él mismo instruía i disciplinaba: se construyeron cuarteles, trenes i campamentos volantes, fábrica de armas, etc., etc.

Carrera miraba la guerra tan próxima, como remota los ciudadanos, i tantos preparativos, se tomaban como amagos contra la libertad i medios para la tiranía. Pensaron contenerlo por medio de conspiraciones horribles, en que siempre se acordaba asesinarlo, junto con su respetable i anciano padre i sus dos hermanos. La primera se descubrió el 27 de noviembre: fueron presos sus autores i convictos, muchos condenados a muerte i otros a expatriacion, como consta del proceso orijinal que existe en su familia; pero todos fueron perdonados sin lograr vencerlos con la jenerosidad, sino alentarlos para entrar en otras i otras que tambien se descubrieron.

Desesperados de obtener por estos medios sus inícuos intentos, fomentaron una guerra abierta con la vasta i poblada provincia de Concepcion. Se pusieron las fuerzas de ámbos bandos en campaña, i encontrándose en las márgenes del caudaloso Maule, pidió Carrera una entrevista al Dr. don Juan Martinez de Rozas, que era el hombre influente en el sur, i allí pudo su natural

elocuencia, su persuacion, sus finos modales, conjurar una borrasca que podia matar a la patria en su cuna. Se firmó una convencion que puso fin a la contienda; pero que no restableció la concordia i unidad tan necesaria para resistir a la futura invasion.

Vuelto a la capital i al ejercicio de la primera majistratura, redobló su actividad para organizarlo todo. Ya veia mas claro los planes del virei de Lima, así por la rebelion de la plaza de Valdivia, como por la nota insultante que habia pasado al gobierno. Pensó Carrera salir para la frontera con el objeto de pasar una revista de inspeccion a la fuerza veterana, i organizar la de milicias, para hacer que entrase en sus deberes la refractaria Valdivia; pero listo ya para el viaje, se descubrió una nueva conjuracion que le detuvo. Finalizado el proceso i condenados los reos, llegó la noticia del desembarco de la expedicion realista en San Vicente. Este fué el momento en que Carrera desplegó todo su jenio emprendedor i activo, toda la fuerza de su intelijencia, todas sus virtudes cívicas, toda su jenerosidad. Puso en libertad a todos los reos políticos, llamó a todos los que estaban confinados en los campos, convidó con el olvido de lo pasado, pidió la cooperacion de todos los partidos para resistir al enemigo, expidió todas las órdenes necesarias, i al dia siguiente partió para el sur con una escolta de doce húsares, i dos oficiales que le ayudasen en las tareas de reunir víveres, caballos, milicianos i cuanto su prevision creia necesario. A los 20 dias estaba en las orillas del Maule al mando de mas de nueve mil hombres.

Abrió la campaña con la atrevida empresa de sorprender al enemigo en su campamento de Yerbas Buenas, lográndolo tan completamente que casi todo él rindió las armas en un instante. Este glorioso hecho tuvo el resultado de desalentar a los realistas hasta ponerlos en retirada, i entusiasmar a los inexpertos patriotas hasta llegar a creerse invencibles. La batalla de San Carlos, el asalto de Talcahuano i la sumision de todo el territorio en ménos de 40 dias, fué la obra de Carrera, i en sus acertados planes, entró el de encerrar al enemigo en Chillan, cortado de toda comunicacion con el Perú. Pronto le puso un sitio estrecho; pero el duro invierno que fué tan funesto a Napoleon en Rusia, causó los mismos males en escala proporcional al ejército chileno. La fortaleza de ánimo i aun de cuerpo con que el jeneral soportó la desgracia, pasando a la intemperie dia i noche presenciando cuanto se hacia, las prevencciones tan oportunas que tomaba, todo captaba la admiracion i el soldado viéndole sufrir con constancia la misma hambre i sed, la misma lluvia, lo consideraba como un amante padre. Levantó el sitio para reponerse.

Dos meses despues volvió i reunidas en el Roble la division de O'Higgins, con las de los dos Benavente, se alojó Carrera con su pequeña escolta i al amanecer del 12 de octubre fueron sorprendidas completamente. Esta funcion de armas fué gloriosa, como todas en las que él se hallaba. Cortado por los realistas se arrojó al Itata a nado, i al tocar la orilla opuesta, se encontró con otra partida enemiga, no dejando otro arbitrio que seguir aguas abajo, perseguido tan de cerca que tuvo una herida en el costado i su caballo varias; pero su va-

lor i sangre fria, i el acertado tiro de pistola que puso en la cara de su perseguidor le pudieron salvar.

Los enemigos políticos de don José Miguel se habian apoderado de los consejos supremos, i acordaron deponerlo del jeneralato; pero temiendo su resistencia, separaron la atencion de los realistas i se contrajeron a practicar mil i mil bajezas para lograr su intento. Pensaban darle por sucesor a un militar extranjero, i exaltado su patriotismo con esto pidió ser reemplazado por el coronel O'Higgins. ¡Qué pronto debia pesarle tal eleccion!

Separado del mando se desencadenaron lo ódios contra su persona: le insultaron, le obligaron a salir de Concepcion por tierra, sin escolta competente i sin los necesarios medios de atravesar 80 leguas de campos casi dominados por el enemigo. En Penco hizo una parada para reunir algunos amigos que le acompañasen i algunos caballos; pero al amanecer del tercer dia fué asaltado por una partida realista, asesinados los asistentes, saqueados los equipajes, i amarrados don José Miguel i su hermano don Luis, fueron llevados a Chillan i encerrados en inmundos calabozos, cargados de grillos, i procesado el primero como reo de lesa-majestad. Los realistas creyeron dominar a Chile con solo tener encadenado al leon que lo defendia. Se dijo que la prision era obra de una venta, i si no hubiesen documentos, bastaria para creerlo el haberse efectuado a dos cuadras de la fortaleza, a tres leguas del ejército, i la flojedad con que fué perseguido el enemigo.

Por los ignominiosos tratados de Lircay se pusieron en libertad a todos los prisioneros, ménos a los Carreras que por un artículo secreto debian ser embarcados en Talcahuano para llevarlos al virei con la causa seguida. Carrera descubrió el plan i en la misma noche efectuó su escape, para caer en nuevas persecuciones. Conociendo que mientras dominasen el pais sus crueles enemigos, no podia él gozar de tranquilidad, trató de pasar la cordillera por el Planchon i embarcarse en Buenos Aires para Norte América. Un temporal le cerró el camino, i descubierto el viaje se atribuyó que se acercaba al ejército para sublevarlo. La persecucion fué desde entónces mas activa: lograron prender a don Luis, i llamaron por edictos i pregones a don José Miguel. No se le dejó mas camino que el de una revolucion, i el último dia que se cumplia el plazo de los edictos, se presentó con algunos amigos en los cuarteles de la capital, dirijió a los soldados sus enérgicas palabras i la revolucion fué hecha. Trajeron a su presencia al Director Supremo, i Carrera le dijo:---Señor, no he podido cumplir ántes con su llamamiento. Aquí estoi. El buen jeneral Lastra le contestó: Estoi en poder de V. disponga como quiera de mí.--- Dispongo que se vaya V. tranquilo a dormir con su buena señora. ¡Qué contraste!

Colocado Carrera por segunda vez en la silla presidencial, despachó incontinenti un parlamentario para intimar al jeneral español que si en el término de un mes no dejaba el pais como estaba estipulado, tuviese por rotas las hostilidades. O'Higgins apresó al oficial i le quitó las comunicaciones, i celebró una junta de guerra en la que se acordó desconocer al nuevo gobierno,

i marchar con el ejército a derribarlo, en circunstancias que un jeneral realista habia desembarcado en Talcahuano con un fuerte auxilio. Carrera con su acostumbrada actividad levantó tropas en Santiago, bien para resistir a O'Higgins, si era tan terca i ciega su pasion, o para reforzarlo contra los españoles si lograba despertar su patriotismo. Por desgracia todo fué inutil i la catástrofè tuvo lugar a dos leguas de la capital el 26 de agosto, quedando O'Higgins completamente derrotado i la patria despedazada. El mismo dia de esta nefanda accion pasó el rio un parlamentario español que venia a retaguardia de O'Higgins para intimar la rendicion al que triunfase. Carrera le rechazó con indignacion. O'Higgins habia escapado con unos pocos oficiales i a los dos dias pidió perdon a Carrera que se lo otorgó con la mayor jenerosidad, le hospedó en su casa i paseó las calles con él, para demostrar al pueblo su cordial reconciliacion.

Un mes ántes i en medio de tan graves atenciones don José Miguel habia contraído matrimonio con la señorita doña Mercedes Fontecilla i Valdivieso, parientasuya, i que desde su llegada de Europa habia conquistado su corazon, i esperaba que alcanzase a la edad nubil. Este afecto, por grande que fuese, no le embargaba el tiempo para trabajar en la reorganizacion del ejército; pero esta reorganizacion no era posible en treinta dias, despues de haber combatido una mitad contra la otra, i habiendo quedado tan hondos rencores. Consecuencia de ellos era la insubordinacion jeneral i la obstinacion para encerrar el grueso del ejército en la estrecha plaza de Rancagua. El 1.º de octubre fué atacada por el jeneral Osorio con dobles fuerzas que las nuestras i mejor ordenadas. Se rindió con honor, pero la patria llorará siempre ese infausto dia.

Don José Miguel Carrera creyó alargar la guerra hasta donde fuese posible, retirándose a las provincias del norte con cuantos recursos pudiese trasportar, pero el pánico era jeneral i todos pensaban solo en emigrar a Mendoza. La defeccion de la guarnicion de Valparaíso que habia mandado retirar hácia Quillota: la de la escolta de los caudales públicos, i la jeneral insubordinacion le quitó hasta la última esperanza. Entonces se contrajo a formar una fuerte guerrilla, compuesta de fieles i valientes soldados, para proteger la emigracion. Tuvo varios ataques que sufrir dentro de la misma cordillera, i él fué el último que la dobló.

Sus principales enemigos volaban mas que marchaban para Mendoza, con el fin de prevenir el ánimo de San Martín contra los Carreras i sus amigos. D. José Miguel habia pedido oficialmente el asilo, i por tanto creia que los restos del ejército debian conservar su bandera, lo que no queria San Martín; porque miraba en perspectiva la reconquista de Chile bajo sus órdenes. Fomentó por todos medios las discordias, se hizo acusar a los Carreras i sus partidarios como ladrones de los caudales públicos; i por último, se apoderó de sus personas i mandó registrar escrupulosamente los reducidos equipajes, en los que no se encontró objeto alguno de valor. Chasqueados en este escrutinio i rota la máscara, desterró a Buenos-Aires a los dos Carreras con sus

tiernas esposas i a varios de sus compañeros escoltados por una partida de dragones, que ellos habian de costear, para apurar así sus escasos recursos.

Don José Miguel llegó a Buenos Aires en mala hora. Acababa de ocurrir a su hermano D. Luis un duelo, en que tuvo la desgracia de dejar muerto a su adversario. Un duelo en un pueblo nuestro i entre dos personas notables era una novedad espantosa. Se practicaron varias prisiones i se levantó un proceso para aplicar las penas señaladas por las leyes. Por fortuna este crimen tiene siempre celosos abogados en los militares, i los de allí tomaron la defensa de don Luis i, con sus esfuerzos, lograron sobreseer la causa.

Pocos dias despues acaeció una revolucion, i el jeneral Alvear dejó la ciudad con un bello ejército: se acampó en los Olivos. Don José Miguel que dia i noche soñaba con la restauracion de Chile, le hizo una visita para aconsejarle que, abandonando intereses mezquinos de partido i huyendo de una guerra civil, acometiese tan gloriosa empresa. Esta visita le valió una prision en el Fuerte, aunque el presidente del cabildo la atribuyó a un equívoco.

Conociendo el triste estado en que se hallaba Buenos Aires i que sus exortaciones no encontraban eco, se embarcó para Norte América a mediados de 1815 en busca de algunos recursos para armar buques que hostilizasen a los enemigos de su patria. Para costear este viaje empenó las alhajas de su señora en mil pesos. Fué mui bien recibido en aquella tierra clásica de libertad. El presidente Monroe le acogió con franca i leal benevolencia. Sus amigos, M. Poinsett i M. Porter, le proporcionaron valiosas relaciones en la alta sociedad, i las contrajo tambien con el rei José, con los mariscales Closel i Grouchy i con los mas ilustres emigrados. Ellos le dieron planes de organizacion de ejércitos, de establecimientos científicos i de muchas otras cosas que podrian plantearse en Chile. Pudo formar una flotilla de tres buques, cargándolos de armamento, municiones etc. i llenarlos de hombres utilísimos; entre ellos dos jenerales franceses, 30 oficiales distinguidos i otros tantos literatos i artistas sobresalientes. Algunos han prestado servicios importantes. Para probar su gran capacidad para todo, nótese que vino hablando el frances i el ingles habiendo partido sin conocer una palabra de estos idiomas.

A los 14 meses, es decir, a fines de 1816 ancló en Buenos Aires la fragata *Clifton* i, despues de abrazar a su esposa, pasó a presentarse al director Pueyrredon que le recibió con mucha frialdad. Dándole cuenta de sus planes sobre las costas de Chile, le dijo el director: «A la fecha San Martin debe haberse movido contra Chile.» Carrera le contestó: «Tanto mejor, iré a ayudarle por mar.»—«V. no puede ir a Chile, porque hemos acordado con San Martin la persona que se ha de encargar del mando.»—«Entónces San Martin no va a libertar el pais sino a conquistarlo, no va a dejar a los pueblos que elijan a su mandatario, sino a imponérselo.»—«Qué quiere V. así es preciso.

Desde ese momento quedó Carrera vijilado mui de cerca. Se le obligó a desembarcar a sus compañeros, tomó en arriendo una quinta para alojar a los que no cabian en su casa, i los mantuvo hasta que cada uno buscó aco-

modo. La fragata se dió a la vela con su cargamento, i así mismo un bergantín que acababa de llegar, i fueron a esponder su carga a otra parte.

Llegó la noticia de la batalla de Chacabuco, i la noche ántes de entrar el jeneral San Martín a aquella ciudad para recibir la corona tan bien merecida por ese espléndido triunfo, fué preso don José Miguel, su hermano don Juan José i sus mas inmediatos amigos, embargados todos los papeles i hasta una pequeña imprenta que tenia empaquetada. San Martín le visitó en su calabozo, i es doloroso confesar que fué con solo el objeto de insultarle. Al día siguiente fué llevado a bordo de un buque de guerra de donde, burlando la vigilancia de sus guardias, logró escapar i asilarse en Montevideo.

El jeneral portugués Lecor le concedió un jeneroso asilo i mucha benevolencia, a pesar de los repetidos reclamos de Pueyrredon. Dedicó su tiempo a vindicar su honor tan vilmente ultrajado en los escritos de sus tenaces perseguidores. Escribió un manifiesto a los pueblos de Chile, i respondió a cuanta calumnia se le hacia, pero como la prensa pública no pudiese dar a luz sus escritos, se procuró una pequeña imprenta. Nunca habia conocido el mecanismo de esta arte, i principió por distribuir los tipos en platos de loza, colocándolos en el suelo de su cuarto i segun el orden alfabético. Figúrense las idas i venidas, las distintas posiciones que tenia que tomar para componer una palabra. Con la paciencia propia a una voluntad fuerte, logró componer las cuatro primeras pájinas, despues de deshacerlas muchas veces. Por fortuna llegó un amigo intelijente que le enseñó i ayudó a montar la letra, a hacer i amarrar las formas, manejar la prensa etc.

Miéntas tanto sus recursos pecuniarios se agotaban, i órdenes expedia la corte del Brasil para que se le expulsase como pedia Buenos Aires. Confiscados todos sus bienes, asesinados sus dos hermanos en Mendoza, i su respetable i octojenario padre muerto por la bárbara medida de presentarle la cuenta de la ejecucion de sus hijos para que la pagase, su hermana presa en un fortín de la frontera, i su mujer i tiernos hijos sin hogar; ¿qué hacer? Pidió asilo al oriental Artigas i se lo negó. Desesperado monta un día a caballo con una pequeña maleta a la grupa, i acompañado solo del coronel frances M. Mercher, se arroja a la campaña sin destino i sin brújula. La suerte le llevó a Entrerios donde gobernaba Ramirez. Este le recibió con desden, no solo por su natural suspicacia, sino por saber que Artigas no lo queria; pero ántes de tres dias se habia ganado su voluntad i confianza. Pronto le decidió a emprender una campaña contra el gobierno de Buenos Aires, tomando primero a Santa Fé para asegurar su retaguardia i aumentar sus fuerzas. Pueyrredon tomó activas providencias para defenderse, poniendo en campaña sus mejores tropas i acreditados jenerales. Nada pudo contener el torrente de Ramirez gobernado por Carrera. En el Rosario es derrotado Balcarce i despues en San Nicolas; Viamont, jeneral en jefe, cae prisionero; Rondeau es deshecho en la cañada de Cepeda, Soler en la cañada de la Cruz i puente de Marques i pone sitio a Buenos Aires por 19 dias. Baja del mando Pueyrredon i le sucede Sarratea. Ya Carrera ha logrado su principal objeto. Saca de los archivos

la correspondencia del gobierno de Chile que le es referente; llama a los chilenos allí residentes i se le reunen como 300 en la chacarilla. Una asonada que fracasó en Buenos Aires le llevó al jeneral Alvear i muchos jefes comprometidos i que lo comprometieron tambien por haberlos recibido bien. Entónces se puso en juego la intriga i el oro para defeccionar a los aliados de Carrera. Tuvo que quedar solo i defenderse de varios ataques en los que, si no triunfaba, se retiraba en órden. Por Melincue se internó en la pampa o desierto i despues de 35 dias de marcha, muchos sin encontrar agua ni carne, alimentándose con los caballos, llegó a una tolteria de indios. Entró en relaciones con los principales caciques, i se hizo adorar de ellos, hasta darle el título de *Pichi Rey* o reyecito. Algunos que renunciaron por sus insinuaciones a robar i matar, le siguieron cuando volvió a la frontera por la noticia que Ramirez habia pasado de nuevo el Paraná.

En Chajan fué sorprendido por 600 cordoveses a las órdenes de Bustos i los derrotó con solo 150 chilenos. Lo mismo hizo con los puntanos en Rio Quinto, en el 4° con los mendocinos, matando a su jefe Moran. En San Luis descubrió un motin entre sus soldados ganados con los doce mil pesos que habia mandado allí O'Higgins, como mandó 30 a Mendoza i 30 a San Juan, conociendo que este era el mejor medio para vencer a soldados mal comidos, mal vestidos i sin paga alguna. Este motin fué deshecho por entónces, mediante las medidas acertadas i jenerosas que empleó. El 29 de agosto, salió con direccion a San Juan, i en las lagunas de Guanacachi, encontró una division enemiga medio atrincherada; pero no pudo vencerla por el mal estado de su caballada.---Continuó su marcha hácia Jocoli donde se le dijo habia un destacamento cuidando cantidad de caballos. En medio de una noche mui oscura, sale de sus tropas un grito: «Alto, amarrar al jeneral i al coronel i matar a los oficiales.» Los traidores Arias, Moya, Fuentes e Inchauti caen sobre él: faltaron sus pistolas i fué amarrado. Se avisó la noticia a Mendoza i lo hicieron entrar en esa situacion entre mil escarnios e insultos. Fué encerrado en el sótano e intimada la sentencia de muerte que sus crueles enemigos habian dictado el 27 de noviembre de 1811. Don José Miguel recibió la noticia sin sorpresa: pidió por confesor al que lo era de su suegra doña Rosa Valdivieso, que residia presa en aquella ciudad, i se le negó. Quiso verla i el estado de debilidad i abatimiento en que se encontraba la señora, no le permitió darle este consuelo. Suplicó le diesen un poco de papel i tinta, i se sentó con toda calma a escribir la siguiente carta:

Sótano de Mendoza, setiembre 4 de 1821. 9 de la mañana.

«Mi adorada pero mui desgraciada Mercedes: un accidente inesperado i un conjunto de desgraciadas circunstancias, me ha traído a esta situacion triste. Ten resignacion para escuchar que moriré hoi a las 11. Sí, mi querida, moriré con el solo pesar de dejarte abandonada con nuestros tiernos cinco hijos, en país estraño, sin amigos, sin relaciones, sin recursos.---¡Mas puede la Providencia que los hombres!..... No sé porque causa se me aparece como un

ánjel tutelar el oficial D.... Olazabal, con la noticia de que somos indultados, i vamos a salir en libertad con mi buen amigo Benavente i viejecito Alvarez que nos acompaña.....»

El ánjel era un demonio que daba esta noticia para ver si con transiciones tan violentas lograban que cayese en enajenacion mental. Al poco tiempo vinieron a sacarle para el patíbulo i entónces tomó un pedazo de papel como de dos pulgadas i escribió con lápiz por uno i otro lado:

«Miro con indiferencia la muerte; solo la idea de separarme para siempre de mi adorada Mercedes i tiernos hijos despedaza mi corazon. Adios, adios.»

Lo dobló i encerró en la caja del reloj i se puso en marcha. Desde la puerta de la cárcel tendió la vista por la plaza llena de tropas i jente: se sonrió con los que le mostraban simpatías; pero al oir gritos insultantes i algazara dijo: ---«¡Qué pueblo tan incivil!» Los sacerdotes le pedian que perdonase al pueblo i olvidase las injurias. Les respondió: «Si el olvido pudiese mitigar los males que se han inferido á toda mi familia, o hiciere ménos notorias tamañas injusticias, lo haria libremente; i añadió, que tenia la conciencia de la rectitud i honor de toda su vida, i que por eso no olvidaria ni pediria el olvido de sus enemigos entre los que contaba a los mendocinos como los mas bárbaros e iliberales.» Al llegar al banco se quitó un precioso poncho i, junto con su reloj, lo mandó a su señora suegra como un recuerdo para sus hijos. Se sentó, i tratando de atarle los brazos i vendar los ojos, rechazó a los verdugos con indignacion. Se puso la mano sobre el corazon i mandó el fuego: dos balas le entraron por la frente i dos por la mano al corazon: cayó casi sin agonía, en el mismo lugar en que dos años ántes habian caido sus dos hermanos. La cabeza i un brazo le fueron cortados i puestos en la picota en la torre del cabildo.---Despues se dijo que la primera habia sido mandada a O'Higgins.

Dos años despues, todos sus enemigos políticos habian desaparecido de la escena pública, i vagaban en tierra extraña, ocultando su vergüenza e ignominia, sin que hubiesen podido sostenerse en el mando a pesar de tan cruel tirania i tanta efusion de sangre.

Cuando Chile gozó de la plena libertad que nunca habia tenido, ni tal vez tendrá despues, el Congreso dictó una lei vindicando la memoria de los Carreras, mandando una numerosa comision a transportar sus cenizas, honrándolas con las mas solemnes exequias i premiando a su familia; i entónces el fúnebre poeta cantó:

Cubran cipreses fúnebres la escena
Del sacrificio atroz—ríguela el llanto
De la nacion chilena,
I desde el trono santo
Donde reside el Hacedor Divino
Grato perdon descienda al asesino:
Mas eternice el jénio de la historia
La incorrupta memoria
Del que sabe morir como hombre fuerte
Del que marcha a la muerte
Sin que le imprima susto,
Así muere el honrado i muere el justo.
Así inmolados por venganzas fieras
Murieron en Mendoza los Carreras.

Mr. Yates, un jóven irlandes que sirvió a las órdenes del jeneral i le acompañó hasta lo último, en un escrito que sirve de apéndice a la obra de M. Grahan hace este retrato:

«Carrera tenia 35 años: era alta i graciosa su presencia, tenia el cabello negro, frente espaciosa, ojos negros i penetrantes: nariz aguileña. El era honorable, emprendedor i bravo: franco con sus amigos: libre de disimulacion o envidia: compasivo i jeneroso hasta el estremo. Su jenio era suave e igual: ni la adversidad ni la buena fortuna podian perturbar la elevacion de su alma. Su humanidad era tan excesiva, que casi no merecia el nombre de virtud; porque traspasando los límites que la prudencia prescribe, dejeneraba en inexplicable falta o debilidad. Un enemigo, por criminal que fuese, era tratado con la misma jenerosidad i compasion. Aun los asesinos de nuestros soldados i compañeros eran salvados, ofreciéndoles así la ocasion de continuar haciéndonos mal.

«Esta magnaminidad que habria immortalizado a Carrera en cualquiera parte del mundo, era perdida en América, donde tal virtud es poco conocida i ménos practicada. Sus enemigos atribuian su jenerosidad a miedo, i en algunos de sus papeles públicos tenian la impudencia de llamar cobarde al que con ciento cuarenta hombres i los solos recursos de su jenio, habia hecho vacilar a los gobiernos i gobernantes desde el Atlántico hasta el Pacífico.

«Si su ambicion era vivir sin una mancha de sangre, crueldad o injusticia echada sobre su carácter, él logró sus deseos; pero es mas que probable que sus bárbaros enemigos nieguen todas sus buenas calidades.»

DIEGO JOSÉ BENAVENTE.

